

te. Esto último es indispensable para la acción abstractiva intelectual. Estos dos principios intelectivos, aunque diferentes en cuanto principios, son únicos en cuanto forman el alma intelectual.

En resumen, que si comparamos el pensamiento de Siger con el de Averroes llegamos a la conclusión de que están estrechamente emparentados. — E. T. G.

GALIMBERTI (A.): *Sulla filosofia della forma e la sua storia*. «Rivista di Filosofia». 1952, núm. 3, vol. XLIII, páginas 261-279.

Filosofía de la forma es denominación que puede cuadrar a sistemas antiguos, como el aristotelismo y el platonismo. Mas para Galimberti debe reservarse esta expresión para aquella parte del pensamiento que partiendo de Descartes llega a nuestros días.

Característico de esta filosofía es acreditar su programa valiéndose de un punto de vista formalístico. En Descartes no se trata de fundar la filosofía determinando el orden ontológico, la jerarquía universal en la cual el conocimiento humano deba colocarse y justificarse, rigiendo el uno al otro como las piedras de un edificio. A este punto de vista, que el filósofo francés llama tradicional —y que Galimberti califica de «contenutístico»— se opone otro, que este último denomina «formalístico». Verdad, idea, son conceptos de forma. La verdad es forma, indiferente al contenido; y es simple, no tolera diferencia de grado.

El formalismo es una filosofía revolucionaria, y, por tanto, inevitablemente injusta con respecto a la filosofía del pasado. El formalismo es la vía maestra del filosofar, y podrá serlo, efectivamente, apenas haya aprendido a colocarse en la posición autocrítica, definiéndose y limitándose, aclarando la índole de su método y el fundamento de su verdad.

Descartes concibe fundamentalmente su método como instrumento útil al positivo conocer; lo concibe sobre el plano temático del *ars inveniendi*, en torno al cual tantos ilustres ingenios del Renacimiento se atormentaron.

Las ideas son verdaderas cuando son claras y distintas; pero, ¿cuál es el criterio que permite objetivamente establecer cuándo son verdaderamente claras y distintas?

Para apreciar la revolución cartesiana es necesario coligarla a otro orden de problemas, reservando el concepto formal de idea y de verdad bajo el perfil de la dependencia de la idea de la voluntad. Tesis cartesiana es que las ideas son siempre «particulares», por cuanto son distintas y claras y podrían ser otras.

En nuestra naturaleza de ser finito hay un radical desequilibrio entre voluntad e intelecto, que define universalmente la nota de imperfección, y esto impide no ya la hipótesis de que nuestras ideas posean una categoría absoluta, sino también la de nuestra independencia de un Ser volitivo perfecto: Dios.

El concepto formal de idea y verdad es tal, que consintiendo relacionar idea y voluntad universalmente, hace emerger el primado de esta última, el primado del espíritu y su libertad. Es cierto que el formalismo resulta útil al conocer en cuanto elimina el error materialista y el escéptico, pero también es cierto que estos dos errores son creación suya.

Fué el genio especulativo de Spinoza quien intentó corregir este error sobre la base de identificar los dos modos fundamentales del pensamiento: idea y voluntad. Ambos surgen de un punto de vista abstracto, de un artificio del lenguaje. Sin embargo —apunta Galimberti—, mientras el formalismo es punto de vista revelador respecto de la voluntad y del sentimiento, resulta vacío respecto de la estructura objetiva de la idea. Y esto no lo advirtió Spinoza.

La crítica idealista moderna acusa al sistema spinoziano de «naturalismo». Si por naturalismo se entiende una visión filosófica en la cual el contenido de la idea reclama un margen de independencia respecto a la forma, debe afirmarse que en Spinoza no existe sombra de naturalismo. Y, añade Galimberti, que expone esta crítica idealista del sistema de Spinoza, porque ilumina el problema interno del formalismo especulativo.

La lógica spinoziana se recoge por entero en el célebre aforismo *omnis determinatio est negatio*, entendiendo por *negatio* la oposición entre dos términos (A y no-A). Es la misma posición de Hegel. Aplicada a la dialéctica, esta *negatio* se identifica con una de las tres funciones que constituyen «la logicidad concreta», la función de antítesis, sin la cual la tesis se encierra en sí misma,



y no será nunca solicitada a transfigurarse en síntesis.

Para someter a crítica esta común posición de Spinoza y Hegel, interesa discernir en concreto las consecuencias que implica, de gran importancia, puesto que significan la condena del tema fundamental del cristianismo: Dios humanado. A través de una consideración de la libertad divina y de la libertad humana, Galimberti llega a la conclusión de que ambos hacen una lógica del sentimiento, que es psicología y no lógica; y encuentra la soldadura entre idea y voluntad sacrificando la idea, negando a ésta su estructura autónoma.

Frente a este formalismo spinoziano-hegeliano, analiza Galimberti a continuación el de Kant, quien vuelve a la tesis cartesiana de la trascendencia de la voluntad sobre la idea, y le da amplio desenvolvimiento mediante la contraposición del fenómeno y el nómeno. Sin embargo, conviene reconocer —advierte Galimberti— que, considerando el curso histórico de la Filosofía de la forma, su balance se nos aparece bien flaco, por grandes que sean los méritos de sus más ilustres seguidores. El punto de vista de la forma es el mismo de la civilización, si ésta significa el esfuerzo de llevar la vida práctica del hombre adaptándola al plano de la razón y del lenguaje. El tema formalístico es esencialmente negativo respecto a la esfera objetiva de la idea, de la representación como tal. Por eso los filósofos de la forma han sustituido siempre con lógica la psicología. Y este es también el caso de Kant.

Toda idea es idea —esto es, algo autónomo, contrapuesto a nosotros— en cuanto expresa su razón de ser. Y esto significa no dejar nada fuera, desenvolver completamente su contenido, es decir, reconducir al no ser. Nuestras representaciones son siempre objetivas y objetivo es en todo caso su devenir. Lo cual quiere decir que las representaciones son siempre reconducidas a la nada, y que tienen como forma la nada. Y como nuestra mente posee una inexplicable preferencia por la nada y otra inexplicable antipatía por el ser, de ahí que la mera emergencia de una idea como realidad sea un escándalo para nuestra mente, siquiera se tome este escándalo en sentido ficticio.

El propio Kant, que ha deformado subjetivamente este punto de vista, ofrece expresión bastante nítida en los *Pro-*

*legómenos*, cuando advierte que no es concebible la intuición que no sea también concepto. Los conceptos son aquello que Kant denomina «Categorías», aunque no exponga bien su función y sí el cuadro de las mismas.

Termina Galimberti su trabajo diciendo que «el estudio de las categorías como conceptos, no ya teóricos, sino problemáticamente prácticos, promete interpretar racionalmente —«formalísticamente»— todo el fenómeno de la tendencia que sostiene por sí el entero edificio de nuestros conceptos, que ya desencadenó, o la revolución irracionalista del pragmatismo». Mas estas consideraciones significan el porvenir del formalismo, no su pasado.—I. PEDRÓ PASTOR.

GILEN (Leonhard): *Kleutgen und die Erkenntnistheorie Descartes'*, en «*Scholastik*», Freiburg, año XXX, Heft 1, 1955, págs. 50-72.

Kleutgen es originariamente teólogo y no filósofo, ni tampoco un especialista en teoría del conocimiento. Es, pues, desde la teología desde donde entra en contacto con los temas estrictos de la filosofía y concretamente con Descartes. Por otra parte, Kleutgen tiene como supuestos fundamentales los escolásticos, desde los cuales valora y juzga. De aquí que tenga mucho interés su apreciación de la racionalidad de Descartes y ciertas aproximaciones que estableció respecto de la metodología del filósofo francés.

En principio, Kleutgen inicia sus reflexiones críticas sobre la duda metódica. Comparado el juicio cartesiano que se formula en la famosa expresión *Cogito ergo sum* con el punto de vista de San Agustín, atribuye mejor a este último un criterio que hoy llamaríamos existencial, y cuya fórmula sería *vivo ergo sum*. En efecto, Kleutgen ve que la duda cartesiana no es propiamente una real y absoluta duda, sino una duda metódica y que el existir y el pensar no se dan con la necesaria inmediatez, para que el pensamiento no resulte, como después resultará en la filosofía de Descartes, racionalismo. Equivale esto, por consiguiente, a una singular penetración de Kleutgen en el campo de la auto-conciencia. Si el yo es un ser que piensa no se le puede identificar con el pensar, sino que se ha de vincular el pensamiento a la total reali-